



BLUE

LA ÚLTIMA MELODÍA
DE CHOPIN

JEANS

CUANDO LA MÚSICA ANUNCIA TU FINAL

Blue Jeans

La última melodía de Chopin

CAPÍTULO 1

— TRIANA

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

Hace dos meses que Celia Mayo desapareció. Aquel lunes, catorce de octubre, fue la última vez que se supo algo de la detective privada. Desde ese instante, la policía ha estado investigando cada mínimo indicio que pudiera conducirlos a alguna pista fiable sobre su paradero.

—¿Por qué no duermes un rato? Tienes cara de cansada.

Triana mira desafiante a Niko y niega con la cabeza. No hace falta que se lo recuerde. ¡Claro que está cansada y tiene mal aspecto! Lleva muchos días sin dormir tres horas seguidas. Desde que su madre desapareció, apenas ha pegado ojo.

—Estoy bien. No te preocupes.

—No estás bien.

—Creo que me voy a ir a mi casa.

—No deberías coger la moto en ese estado.

—¡Estoy bien, joder! —exclama Triana poniéndose de pie—. No me agobies, por favor. No necesito que estés pendiente de todo lo que hago. ¿Vale?

La chica suelta un bufido y sale de la habitación. Camina deprisa hasta la cocina y abre el grifo del fregadero. Se pone debajo y bebe agua fría. No puede más. Aquella situación es superior a sus fuerzas. Las semanas han ido pasando y todo sigue igual desde aquel maldito lunes de octubre. Nadie sabe nada de su madre, ni siquiera después de la llamada telefónica en la que escuchó su voz.

AUDIO DE CELIA

Hola, cariño. ¿Cómo estás? Ve cenando tú, que voy a llegar un poco tarde. He pasado a ver a Gertrudis, que ha puesto mis novelas en el escaparate de la papelería. ¡Ojalá vendamos alguna! Luego nos vemos. Te quiero.

Era un audio de abril. Su madre estaba feliz porque su amiga había colocado sus libros en el escaparate del establecimiento que regenta. ¿Por qué le habían enviado aquel mensaje antiguo? ¿Quién había hecho esa llamada? La policía no tuvo respuestas para sus preguntas pese a que, gracias a que alguien había conectado el teléfono de Celia, habían logrado geolocalizarlo.

—No hemos encontrado nada relevante en aquel descampado entre Carmona y El Viso —le reconoció el comisario Gaviria después de que la policía acudiera al lugar en el que habían encendido el *smartphone* de su madre—. Hemos echado un vistazo por toda la zona, pero no ha habido suerte. Lo siento.

—¿Cree que mi madre es la que ha hecho esa llamada?
¿Es una prueba de que está viva?

—No lo sé, Triana. No lo sé.

El móvil de la detective se apagó a los cinco minutos de haberse conectado y no volvió a encenderse. Pese a que rastrearon varias veces el lugar y sus alrededores, la policía no descubrió ninguna pista relacionada con la desaparición de Celia Mayo.

—No te enfades conmigo —le dice Niko, que se acerca a ella por la espalda para envolverla en un abrazo.

Triana se seca la boca con la manga de la camiseta y se gira. Lo tiene frente a frente. A pocos centímetros. Tan guapo como siempre. La mira enamorado. También como siempre. Pero ¿qué es lo que siente ella ahora mismo? Todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas le ha abierto una herida difícil de cerrar. Se nota más irascible. Menos cariñosa. De alguna manera, lo culpa por lo que ha pasado. Sus sentimientos se han resentido. Ha perdido parte de la ilusión que tenía cuando decidieron ser pareja y emprender un camino juntos.

—Niko, yo...

—Ya lo sé. Estás agobiada. Es normal. Pero sigo siendo optimista. Tu madre aparecerá sana y salva.

—Eso no lo sabes. Lo más probable es que..., que la hayan...

Las lágrimas no se hacen esperar. Triana apoya la cabeza en el hombro de su novio y rompe a llorar. Siente su mano sobre la cabeza. La acaricia con delicadeza y le repite que todo va a salir bien, que la pesadilla acabará. Sin embargo, ella no lo tiene tan claro. Piensa justo lo contrario: que no volverá a ver a su madre con vida.

—No creo que aguante esta situación mucho más tiempo —comenta la joven mientras se aparta de él y sale de la cocina—. Estoy al límite.

—Quizá si volvieras a clase, a llevar una rutina, conseguirías distraerte un poco.

—Es imposible. No soy capaz de ir a la universidad. Me sentiría muy incómoda. Todos me mirarían.

—Ya lo hacían antes —dice mientras se acerca de nuevo a ella—. Eres la chica más guapa de Bellas Artes.

Triana esboza una tímida sonrisa y le da un beso en la mejilla. Se ha acostumbrado a su peculiar sentido del humor. Pero, aunque la ha cuidado y ha estado a su lado en esos dos meses tan complicados, nota que algo se ha roto entre los dos. Tal vez las cosas con Niko mejorarían si su madre apareciera. Aunque no es solo esa preocupación la que le ronda la cabeza, hay otra a la que tampoco puede dejar de darle más y más vueltas: que su padre, según el comisario Gaviria, fue asesinado hace cinco años. Lo mató Enrique Mesa, que actuó por orden de Javier Montesorín, quien, por aquel entonces, era compañero de Manuel en la Policía Nacional y, además, presumía de ser su mejor amigo.

—Estamos seguros de que quien ordenó y pagó a Mesa para que asesinara a tu padre fue Javier Montesorín... Aunque no fue solo él —le confesó Gaviria en su oficina—. En los documentos que hemos encontrado ocultos en la casa de Enrique, aparecen los nombres de dos personas más.

—¿Quiénes son esas dos personas?

—No lo sabemos. Sus nombres están en clave. Usaban seudónimos.

—¿Y no están identificados?

—No. Estamos intentando averiguar quiénes son. Aunque no será fácil.

—¿Y Montesorín? ¿Su nombre no estaba oculto?

—Sí. Pero utilizaba con Mesa el sobrenombre que empleaba con nosotros: Orangután Rojo. No fue demasiado inteligente. Los otros dos seudónimos no sabemos a quiénes pertenecen. Estamos investigando.

—¿Cuáles son los otros dos sobrenombres?

—Discúlpame, pero no te lo puedo revelar. Es confidencial, Triana.

—Lo comprendo.

—De momento, debemos mostrarnos muy cautelosos con estas informaciones.

—¿Sabéis por qué pagaron a Mesa para matar a mi padre?

—También lo estamos investigando —respondió Gaviaria muy serio—. El proceso puede ser largo. Pero no te quepa ninguna duda de que vamos a poner todo de nuestra parte para averiguar quién asesinó a nuestro querido Lolo Velázquez. Confía en nosotros.

Desde aquella conversación a mediados de octubre, el comisario llama todas las semanas a Triana para informarla sobre ambas investigaciones: la desaparición de su madre y la muerte de su padre. ¿Estarían las dos relacionadas? No lo descartaba.

—Quiero enseñarte una cosa —le dice Niko tras darle un cariñoso beso en los labios—. Acompáñame.

—Debería irme a casa. Tengo que poner una lavadora con urgencia. Casi no me queda ropa limpia.

—Yo te ayudaré luego. Ven conmigo un momento.

—¿A dónde? Me das miedo.

—No temas, es para algo bueno. O eso espero.

El joven la toma de la mano para guiarla hasta la habitación que se encuentra al final del pasillo. Es el cuarto en el que su abuelo guardaba lo que robaba. Niko lo devolvió todo cuando lo detuvieron y ahora está prácticamente vacío. Solo hay una alfombra, un par de cuadros con paisajes que decoran las paredes y un piano. El polaco se dirige hacia el instrumento y toma asiento en la banqueta. Coloca los dedos sobre las teclas y los pies en los pedales antes de mirar fijamente a Triana.

—He compuesto una pieza para ti. En el órgano de la iglesia suena de otra manera, pero espero que te guste. Me ha costado un poquito sacarla. Quería que fuera especial.

Triana se queda sin palabras. No lo esperaba. Ella pensando en cómo decirle que ya no siente lo mismo que hace unas semanas y él esforzándose en componerle una melodía. Se siente culpable. Las primeras notas provocan que lllore de nuevo. Su corazón late muy deprisa durante los más de tres minutos que dura la música. Cuando finaliza, ambos suspiran y se sonríen. El chico le ofrece un pañuelo de papel.

—¿Esta reacción significa que te ha gustado o que lo he hecho muy mal?

—Me ha encantado. Muchas gracias —contesta Triana mientras sorbe por la nariz—. ¿Tiene nombre?

—No. Pero podría llamarla...

En ese instante, suena el móvil de Triana en el dormitorio. La chica corre a buscarlo y comprueba que la llamada entrante es de un número oculto. Un escalofrío sacude su cuerpo. Niko aparece enseguida y le pregunta quién es.

—No sale el número.

—¿Por qué no respondes?

—Me da miedo. ¿Y si vuelvo a escuchar la voz de mi madre en otro audio?

—Dame. Contestaré yo.

El chico se acerca a Triana, pero la joven aparta el teléfono justo en el instante en que deja de sonar.

—Tendrías que haber contestado —la reprende Niko.

—Lo sé, pero he entrado en pánico. Me he bloqueado.

—Si llaman otra vez, deja que sea yo el que responda.

Triana no dice nada. De nuevo se siente agobiada. Es su estado habitual en los últimos tiempos. Sale de la habitación y camina hasta el salón con el teléfono en la mano. Recoge el casco de la moto que había dejado sobre una mesa y se lo coloca bajo el brazo. No le apetece estar sola, pero tiene la impresión de que cualquier cosa que Niko le diga hará que salte y discutan. Él no se lo merece.

—¿Te vas?

—Sí, pero no me repitas que me ves cansada, por favor.

—Es lo que pienso —dice el chico resignado—. No te ha gustado demasiado la melodía...

—Sabes que no es eso.

—¿Y qué es?

—No sé, Niko. A lo mejor solo quiero estar sola un rato.

—¿Solo un rato?

Triana afirma con la cabeza. Se aproxima a él y le da un beso corto en los labios. Intenta sonreírle, aunque no está muy segura de haberlo logrado. Cuando está cerca de la puerta de la calle, su móvil suena otra vez. De nuevo es un número oculto.

—Cógelo —le ruega Niko.

—No.

—Triana, responde. O lo haré yo.

La chica chasquea la lengua y finalmente accede a contestar. Las rodillas le tiemblan y apenas le sale la voz cuando habla.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Tu madre está viva. Sé dónde se encuentra.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¿Dónde está mi madre? —pregunta la joven muy nerviosa.

—Y también sé quién mató a tu padre. Nos veremos pronto.